





CUENTOS DELGADOS



Félix Darío Ruggeri
Simona Ruggeri

CUENTOS DELGADOS



Primera edición: enero de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Félix Darío Ruggeri

© Simona Ruggeri

ISBN: 978-84-16824-22-9

ISBN digital: 978-84-16824-23-6

Depósito legal: M-42154-2016

Editorial Adarve

C/ Alameda del Valle 34

28050 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Un agradecimiento especial al duende que no conozco.
Gracias de todo corazón.*



INTRODUCCIÓN

Hemos escrito estos relatos con una impostación básicamente clásica, aunque el trabajo en su totalidad sea bastante ecléctico. Nos gustaría relatar de manera sencilla, sin embargo, cuando el contexto lo permite, nos encanta insertar palabras inusuales perdidas a lo largo de la evolución del lenguaje.

El estilo es mudable y diferente para cada cuento, varían las temáticas: góticas, surrealistas, humorísticas, poéticas, religiosas, pasando incluso por la ciencia-ficción. Un universo de diversidad que trae origen a la fragmentación del tiempo actual que nos rodea. En algunos casos el sentido parece permanecer oculto, pero eso está bien, son cuentos, no es necesario aclarar siempre todo. A veces se entiende que hay un significado críptico en el mensaje del relato que todavía se completa y revela en las ilustraciones, de modo que texto e ilustraciones se integran.

Lo que deseamos es atraer y sensibilizar la participación del lector en el mismo momento. No queremos distraerlo con una forma distinta y personal de escribir, sino por medio de las ideas expresadas (o no expresadas) en la narración. Deseamos que el lector sea cómplice y no solo lector, por eso intentamos solicitar su atención con imágenes, para acostumbrarlo a una manera diferente de leer, más atractiva, íntima, participativa, que no requiera esfuerzo y sea divertida, para analizar y descubrir indicios, también en las imágenes.

Queremos que, al final de los cuentos, en el lector permanezca una sensación de recuerdos entretenidos, aunque con retrogusto amargo.



Estimado Lector:

No queremos molestarle con palabras que podrían parecer inoportunas, pero si usted puede leer un solo cuento cada día antes de acostarse, se lo agradeceríamos. Nos gustaría ser el centro de su atención durante el mayor tiempo posible.

Atentamente,

CUENTOS DELGADOS



AZULETE

Cuando los hombres de la Luna subieron a África, les resultó asombroso y raro pensar que bajando por un cráter, uno mismo se podía trasladar a miles de miles de miles de *lunares*¹ al centro de la Tierra, hecho de por sí desconcertante que todavía no ha sido explicado. Pero así ocurrió, y si no fuera por la sorpresa inesperada de encontrarse bajo tierra subiendo, la verdad es que no, no se podían quejar.

«Por fin aquí, en el planeta conocido por poetas y cantores como Azulete», se decían entre ellos tendidos en el suelo mirando la bóveda celeste.

Inspiraron el aire caliente y especiado de la sabana saboreándolo, y retorciendo los labios gruñeron «Mummm».

Al incorporarse por el acre olor, se percataron del fluido gusanoso más allá de las nubes de moscas; curiosos, comprobaron también eso con yemas y labios y exclamaron «¡Mahhhh!». Mirándose cara a cara reflexionaron sobre lo que habían cantado sus bardos.

Aunque en las rimas instaran a que subieran y no a que bajaran, allí estaban, pero los aledaños no parecían tan acogedores como en sus cuentos.

«Amor pica, amor gladio, amor arma, que nos regañe siempre la verdad; disgregándome, menudo gladiador vuelvo grano y semillas que ni Azulete el bondadoso podría contener.»

Y además.

«Silente Azulete silente, que se cuida de nosotros sumando estrellas fugaces en su ancho vientre...»

¹ Unidad de medición lineal en uso entre los selenitas, correspondiente más o menos a 100 pies de *Tyrannosaurus rex*.

¡Todo lo de aquí no existe! Ni negras sombras de la eternidad, ni polvo estelar donde ocultarse al pasar las selenitas, nada de los *Cantos lindos*. Solo rugidos estruendosos y vibraciones agachándonos bajo los helechos al pasar los dinosaurios. Y subidas veloces, encaramándose deprisa a lianas y secuoyas unos centímetros más alto de los que meriendan con las garras.

Aquí está el verdadero Averno enclaustrado del que nos hablaban los antiguos sabios: tierra-suelo fluida que te traga hambrienta, serpientes de llamas ensordecedoras surcando oblicuas bajo el cielo, y después fuego sinfín que todo lo arde.

Cada viviente de este lugar te va buscando, te brama, te desea, te necesita y quiere comerte apasionadamente. Los que vuelan lo desean, los que deslizan, los que nadan, también las plantas lo intentan, siempre, constantemente, ¡comerte!

No hay cráteres para volver a casa, merodeamos Azulete de cabo a rabo y no hay, los que encontramos subiendo montañas empapadas de azufre están llenos de agua de fuego, si están enfadados, la van escupiendo al cielo y vuelve a la tierra roca candente.

¡Dios mío, ninguna duda, seguro que hemos llegado al infierno!

Todo lo que nos rodea inesperadamente apunta gozando a la espera de masticarnos.

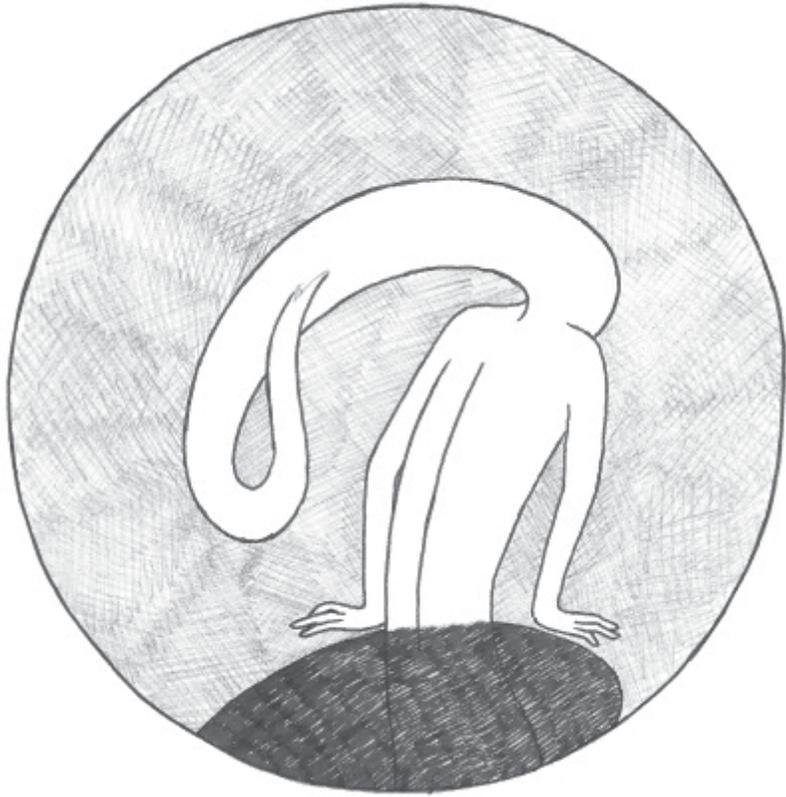
No hay manera de volver, aquí estamos...

Somos gente amable y corteses los de la Luna, hasta que dinosaurio se tragó a Eliodoro pensando que era un pimpollo por el color lunar de su epidermis. ¡Vaya, los matamos a todos! Lo mismo les ha ocurrido a los mamuts, han aplastado Amígdala de Osiris. Con sosiego hemos aniquilado tigres de dientes de sable, *archaeopteryx*, cocodrilos jabalí, dedos alados, también plantas que se comen a los niños, a los adultos y a los mayores.

Después, de igual modo los otros. ¡Algo han hecho, así han desaparecido!

Vamos a cambiar este infierno.

Los lunáticos somos hombres honrados que tienen una sola palabra y si no encontramos la manera de volver, pase lo que pase, los eliminamos a todos de aquí, igual que en la Luna.



LOS ÁLAMOS LLORAN

Siempre he confiado en mi padre, para mí era el más sabio del mundo y sus palabras me aclaraban los secretos de la vida. La primera vez era muy pequeño y como a todos los niños, la curiosidad me rodeaba, así que mirándolo desde abajo le pregunté:

—¿Papá por qué los álamos lloran?

Él, balanceándose liviano al cálido ventanal, se dobló y me habló con sosiego mientras las lágrimas blancas salían con ternura de sus ramas.

—Esto nos ocurre solamente en primavera cuando ellos salen todos contemporáneamente de sus hogares. Es una enfermedad muy ligera, no tienes que preocuparte, se llama alergia... los hombres están encerrados todo el invierno en sus moradas, después con la buena temporada... demasiados hombres, todos de una vez, para no llorar.



LA ROCA QUE QUERÍA VER EL MUNDO

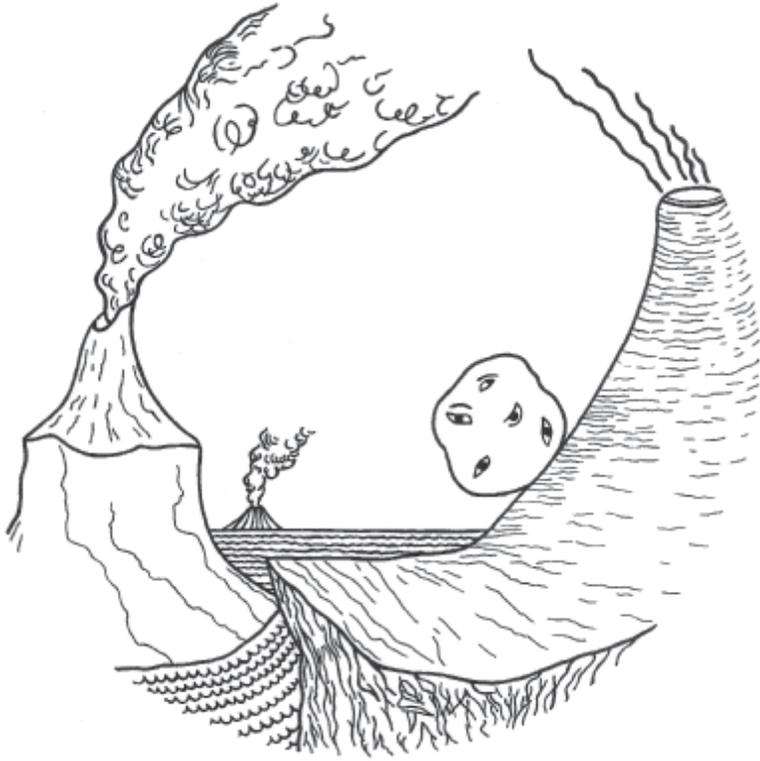
Ya esperaba desde hacía un millón de años, un solo pensamiento
asomaba por mis cristales:

«¡Quiero ver el mundo!».

Casi no me di cuenta de lo ocurrido mientras resbaladiza cogía
velocidad por la ladera del volcán.

«No es fácil mirar la naturaleza cuando la cabeza se pone como un
tiovivo». Así pensaba cayendo desde el acantilado al final de la montaña.

Temblando en las profundidades del abismo marino nunca habría
creído que el mundo fuera tan frío.



AM 24:30

Cuando un hombre tiene que ponerse epígrafe a su misma vida generalmente ya es demasiado tarde; así que, por si las moscas, he decidido adelantarme.

Lo más horroroso que uno puede hacer, es repasar por la eternidad el epitafio que jamás te ha gustado en tu piedra de prensa, donde todo el mundo puede leer sobre tu puta vida.

Algo parecido a: *«Como no me ha gustado vivir, entonces muero»* y también *«Te echamos de menos pero la casa es más tranquila, los tuyos»*.

Bien, son palabras que logran llenar el corazón, pero no lo suficientemente agradables para que alguien pueda quedarse sin escuchar la voz interior que te habla diciendo: «¡Y por qué no te pones un poco mejor en esa maldita piedra! Qué sé yo... *«hombre muy delgado de piernas largas y todo musculado, le encantaría entretenerse con mujeres jóvenes a las que les gusten morenos y de corazón entrenado a largas batallas»*».

El epitafio podría estar escrito con caracteres medievales, así para dar más importancia al legado, y posicionado de manera que el domingo por la mañana, al llegar apresurado de mujercitas acarameladas caminando por el vial del cementerio, las letras brillarían por los rayos del sol que se encontraría frontalmente al epitafio.

¡Vaya, excelente publicidad para establecer un contacto!

Bueno, todo eso se puede organizar. Un poco de telepatía, algunos tirones a los pies de madrugada a los herederos (de manera que gasten un poco de mi dinero para la sustitución de la vieja lápida por el modelo nuevo de escrita encantadora), ¡y adelante! una nueva vida empezará para mí: chicas bonitas revoloteando toda la noche al claro de luna, al sonido de locos fantasmas que tocan fascinantes canciones ¡por todas esas doncellas que me encantan!

Ha sido un duro trabajo arreglarlo todo, en particular convencerlos para que se rascaran el bolsillo, pero después de 90 días sin dormir han decidido agradecerme «para favorecer mi nueva departida» con una nueva lápida flamante, ¡incluso con letras de oro obrizo!

Y por supuesto todo parece encajar. La voz se ha esparcido, demasiadas mujeres se ponen en cola para bailar conmigo al final de la semana, tengo una tarea muy dura ahora y no sé cuánto tiempo puedo aguantar estos ritmos infernales.

Y como se puede decir... el domingo aquí llegan solamente matronas que tienen 40 años por pierna.

Así que de veras, tal como están las cosas, no es que me deleite mucho este trabajo.

Pero como siempre he sido un hombre de recursos, me las puedo arreglar. Un poco de telepatía, algunos tirones a los pies...



EVENTO/ABSTRACCIÓN

Me adelantaba volando sobre el paso de cebra, gozando de mi perdida niñez.

No hay otra manera de surcar el océano enfurecido que un barco de papel.



¡PAPÁ, PAPÁ, SOCORRO!

Bien, mi hijo padece de mucha fantasía pero todo tiene un límite. Hace varios días que se queja por las galletas.

—Papá, papá, las galletas de chocolate huyen. ¡No puedo ir a la escuela sin comer!

No es por el coste, pero demasiadas galletas no son buenas para la salud del pequeño.

Y así todas las mañanas durante una semana «¡huyen, huyen!».

Puesto que no es saludable (principalmente para nosotros) conceder a los niños todo lo que piden, empecé a preparar otra comida. Jamón serrano de lo mejor, a ver si huye él también.

—Papá, papá, las galletas me van diciendo que necesitan galletas y ¡ya!

—Mira chico, vete a la escuela, coge tu jamón y fuera, adelante.

—Pero papá...

—¡Fuera!

Esta costumbre empezaba a molestarme y también a preocuparme.

—Papá —gritaba el niño llorando—, me han cortado un dedo —y sollozando desesperadamente...—, y han dicho que si no vuelven las galletas a la mesa, te cortarán la mano. Y van diciendo que no esperarán un minuto más, necesitan mano de obra para la construcción de Chocolandia... *sigh...* *sigh*.

Por Dios este chico se está volviendo loco, tengo que buscar ayuda para su dedo y aún más para su cabeza.

—Así, ¿no tengo alternativa, doctor? Bien, urgentemente, bajo hielo, de inmediato el cirujano. Vamos, chico, sin dudar un instante.

Llevaba todo, llave, cartera, hielo, el niño, faltaba la tarjeta sanitaria y después, corriendo al hospital.

—Bien, señor Tomás Santos, adelante, adelante, no tenemos un minuto que perder, a ver qué se puede hacer, vamos, ¡dónde están el dedo y la mano!



ARTURO PIEDRAVERDE

Y LAS SELENITAS

(Bogando hasta la luna)

Al volver el día, Arturo Piedraverde casi despierto mira a las Selenitas desvanecer.

Ligeras y delgadas, lo llamaban desde lejos con ademanes de piel de marfil y se pone loco de amor.

¡Y por qué esperar toda una vida lo que jamás podrá ocurrir?!

Así que al día siguiente me apresuro al sueño con todo lo necesario: un bote, 54 globos multicolores y dos remos.

¡Y hacia el sueño!... andando, cantando, remando, todo eso a mi mando...



EL PEPINO REDONDO

No me gustan los caracoles, la tierra húmeda y grasienta, las botas del campesino. No me gusta vivir aquí en el campo entre conejos y gallinas, gusanos y talpas. No me valoran por lo que soy, todo el mundo se ríe de mí: «¿Quieres un pepino?», «¡mira el pepino!», «¡toma el pepino!», «¿te gusta el pepino?»...

Yo también tengo un alma aunque sea vegetal.

Es una vida torpe, todo el día oliendo excrementos de vaca y sangre de cerdo. Agua, frío, sol, incluso el hombre más duro se quebrantaría.

Con los tomates no se puede hablar, si me miran, se ruborizan. Las patatas, al verme, se hunden en la tierra gritando «¡Socorro!». El apio se pone de inmediato en competición y la zanahoria también. No falta día sin llenarme de nitrógeno, de venenos, de mierda y todo eso para desarrollarme, fortalecerme.

No me gusta el campo, no me gusta la granja, no me gusta vivir ni crecer y no me gusta que me coman.

